

Léon Degrelle aterriba en San Sebastián

*Asociación Cultural
Amigos de Léon Degrelle*



Léon Degrelle aterriza en San Sebastián

*Asociación Cultural
Amigos de Léon Degrelle*

Léon Degrelle aterriza en San Sebastián

“Antes morir que capitular.”
(Léon Degrelle)

Léon Degrelle ha visto desintegrarse los restos de su heroica y amada XXVIII SS Freiwilligen Grenadier, división en los combates de Pomerania, de Prusia, del Oder... Una pequeña parte de la unidad valona ha logrado llegar a Lübeck, pero ha de abandonarla el 2 de mayo, a la entrada de las fuerzas del II Frente Bielorruso del Mariscal Konstantin Rokossovski. El resto de la unidad, entre la que se encuentran combatientes españoles, es hecha prisionera por norteamericanos, que interceptan su retirada hacia Copenhague para luego seguir viaje a Oslo.

Un pequeño Volkswagen negro se acerca, semi-velado por la penumbra del anochecer, por la carretera general, y se desvía hacia una granja enclavada a unos centenares de metros. *“Halt!”* Una veintena de soldados al mando de un comandante SS, aparece junto a la puerta de una valla por la que se accede a la granja. El jefe de la guardia hojea el documento que le muestra Léon Degrelle y saluda con un taconazo mientras abre la portezuela del vehículo a la orden *“Mein Standartenführer!”* Éste desciende del Volkswagen y, precedido del *Obersturmannführer*, se encamina hacia el edificio por un terreno embarrado y entre un abigarramiento de tropas, camiones, automóviles y motocicletas. Hombres y vehículos están dispuestos para partir en cualquier instante del improvisado y último cuartel general del *Reichführer* Heinrich Himmler.

Éste le aguarda en la puerta del pequeño y rústico edificio.

“Mein liebe Degrelle!”, exclama y, tomándole por un brazo, penetran en una habitación.

Se sientan junto a la chimenea.

Himmler empieza por ordenar a uno de sus ayudantes de campo la redacción de un documento por el que asciende al grado de general de la *Waffen-SS* al jefe de los voluntarios valones. Luego inician una charla, que durará largo tiempo. Himmler firma el nombramiento, Degrelle le agradece la atención y, doblando el documento cuidadosamente, lo guarda en un bolsillo de la guerrera, que luce la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

La campiña se pierde en la lejanía, fundiéndose en las sombras del horizonte. Chapotean las botas de ambos militares en su breve caminar mientras conversan sobre la grave situación que se ha creado en los últimos días.

“Yo soy ministro del Interior y no me moveré de mi país...”, dice Himmler, mostrándole significativamente una cápsula de cianuro al jefe de los valones, *“...la conserve para el caso de ser hecho prisionero de los soviéticos.”*

Se muestra sereno, tranquilo:

“Debemos resistir seis meses más, mi querido Degrelle. Para entonces, soviéticos y anglosajones estarán en guerra.”

Degrelle hace un gesto dubitativo.

“Herr Reichsführer, me permito opinar que esa guerra, si se produjese, tardaría en estallar bastante más tiempo...”

Himmler guarda silencio por toda respuesta. Se ajusta las gafas y le tiende la mano.

“Yo marchó hacia Dinamarca y, de allí, a Noruega para proseguir la lucha hasta el final”, añade Léon Degrelle.

Y sube a su vehículo, hundiéndose en la oscuridad. Atraviesa Malente, pequeña población situada a 50 kilómetros al norte de Lübeck y 40 al sureste de Kiel. Alcanzan la frontera, que rebasa sin dificultad alguna. En Copenhague embarca en un dragaminas y llega a Oslo navegando a través de las aguas minadas de Skagerrak.

El día 7 de mayo capitulará Alemania. A medianoche, Léon Degrelle despegó del aeropuerto de Oslo a bordo del avión privado de Albert Speer. La distancia hasta los pirineos es de 2.150 kilómetros, y el depósito de combustible solo tiene capacidad para 2.100

Despegaron desde una pista de aviación improvisada, sin iluminación, sin balizaje, eran cinco, fueron localizados enseguida por los radares, y por las baterías artilleras que les disparaban, incesantemente, para evitar que los derribaran, se acercamos a las grandes ciudades, se zambulleron hasta algunas decenas de metros del suelo, aquello ya no era aviación sino acrobacia.

“Que Dios nos ayude”, piensa el jefe rexista mientras el Heinkel, sobrevuela a las tierras de Holanda, Bélgica y Francia. Dejan atrás Burdeos e, inmediatamente, el aparato empieza a perder altura ¡Alarma! Frente a la carlinga se alzan las cumbres de la cordillera pirenaica. El piloto acciona los mandos con celeridad, el avión rebasa las montañas y desciende suavemente. Clarea el nuevo día, San Sebastián aparece con sus rojos tejados.

El depósito se halla absolutamente vacío, la marea estaba baja. El piloto ensaya un aterrizaje de emergencia en las arenas doradas de la playa. ¡Lo consigue! Pero estalla un motor y el Heinkel se precipita en el oleaje. Penetra en las aguas un centenar de metros, pero no se hunde. Flota, y continuará flotando hasta que se aproxima una barca y saltan a ella los que ya temían morir ahogados.

“¡Gracias a Dios!”, exclama Léon Degrelle.

Una ambulancia los conduce al Hospital Militar General Mola, donde Léon Degrelle, víctima de importantes lesiones, permanecerá por espacio de un año. Posteriormente, la Falange le ayudaría a esconderse, porque el gobierno belga que ha subido al poder le busca para juzgarle y condenarle. Adquirirá la nacionalidad española, y Francisco Franco rechazará repetidas veces las peticiones de extradición de las autoridades belgas. El caudillo conoce la historia de Léon Degrelle, admira como militar su valentía en el curso de la segunda gran contienda, y no quiere entregar a las garras de sus enemigos políticos al hombre a quien Hitler confesara en una de sus entrevistas: *“Si yo tuviese un hijo, me gustaría que fuera como usted.”*

“Antes morir que capitular.”

(Léon Degrelle)

